

Ni tan escépticos, ni tan profanos

Jesús María Aguirre, S.J.

"Venezuela necesita un fuerte liderazgo espiritual" (Gerver Torres)

"Se ha perdido de manera absoluta el sentido de lo sagrado" (Naipaul)

Nuestros medios masivos ofrecen la particularidad de cambiar permanentemente los temas, una vez agotados los primeros destellos de su novedad. Y en las muelas de ese trapiche insomne, sin espacios para pensar, quedan convertidas en el mismo bagazo las declaraciones de una miss, el eructo político de un militar o las inquietudes de nuestros supuestos guías y políticos nacionales.

Este es el caso de las reflexiones del economista Gerver Torres, quien a principios de septiembre, saltándose la cerca de sus habituales consideraciones financieras, afirmaba que Venezuela necesita un "fuerte liderazgo espiritual" (El Nacional, D/4, 1-09-2002).

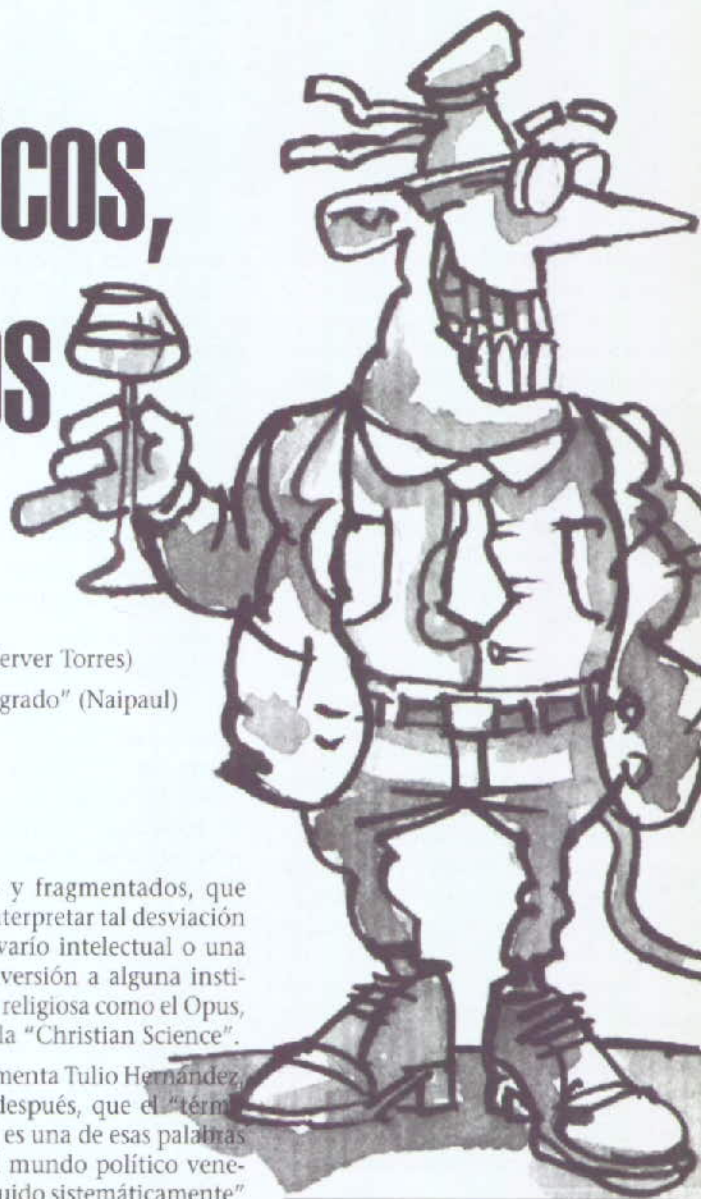
Si la expresión hubiera provenido del Cardenal Ignacio Velasco o del Padre Luis Ugalde, nos hubiera sonado a un reclamo de homilía dominical o a una "lectio brevis" de inauguración de curso, pero la intromisión de conceptos religiosos en el discurso de un economista causó una extrañeza singular.

Nos hemos acostumbrado a zanjar tan concienzudamente las diversas esferas de valor en nuestros cerebros

secularizados y fragmentados, que tendemos a interpretar tal desviación como un desvarío intelectual o una soterrada conversión a alguna institución o secta religiosa como el Opus, los Jesuitas o la "Christian Science".

Con razón comenta Tulio Hernández, una semana después, que el "término espiritual" es una de esas palabras a las cuales el mundo político venezolano le ha huido sistemáticamente" (El Nacional, 8-09-2002). El mismo apunta algunas posibles razones de esa reluctancia. Una sería la visible asociación con la fenomenología religiosa; otra, provendría de sus resonancias blandengues en la esfera del escenario del poder y de la fuerza. Además, la ambigüedad conceptual se sumaría a las otras causas para acabar de desterrar su uso del campo supuestamente más racional de la economía y de la política.

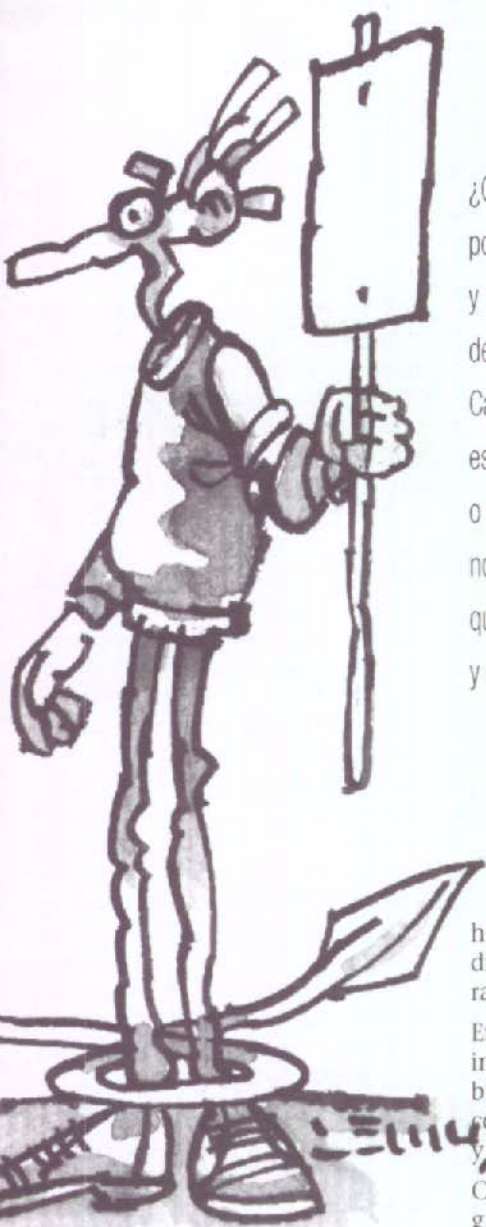
Me pregunto si no hay todavía lugar para la espiritualidad en el espacio público venezolano y por tanto hay que restringir su uso a los monasterios de Carmelitas Descalzas o si, al contrario es posible recuperar, si no el término, al menos su sustancia vital.



Completeness entre Ideología, Religión y Ética

Con el ánimo de no perdernos en la selva terminológica, que surge asociada a la palabra espiritualidad, pues incluso ya se habla de máquinas espirituales, se me ocurre revisar otros términos más próximos al campo de la política como la ideología, la religión y la ética, para lograr cierta visibilidad.

Aunque estos conceptos se usan de múltiples maneras, sobre todo en los amasadores mediáticos, parecen gozar de un estatuto más reconocido y menos subjetivista. Las ideologías en cuanto concepciones globales y autónomas del mundo (sin fundamen-



¿Qué es lo que les falta a los líderes políticos para sintonizar con el pueblo y revitalizar los resortes éticos de justicia, solidaridad y responsabilidad? Cabría responder que hay carencias espirituales en los actuales líderes o que se evidencia una incongruencia notable entre las motivaciones que proponen a la ciudadanía y su conducta.

humano y predefine el fin y los medios para alcanzar la salvación o liberación trascendentes.

En este sentido, el catolicismo con sus instituciones, dominaría nuestro ambiente cultural, en medio de una constelación heteróclita de religiones y creencias.

Cabría también considerar a la religión, o al menos algunas de sus cristalizaciones —por ejemplo el modelo de cristiandad—, como una suerte particular de ideología, o a la inversa, una determinada ideología como una religión secular implícita al estilo del nazismo o el mismo comunismo. En tales versiones habría que precisar lo que se entiende por una ideología de tipo religioso (fundamentalismos teocráticos) o una religión de tipo secular (religiones civiles). El culto a Bolívar impregna sin duda la religiosidad civil del venezolano, aunque en estos días asistamos a su inflación, debido a ciertos movimientos monopolizadores de su aura sagrada.

Ahora bien, tanto las ideologías como las religiones asumen dispositivos axiológicos para orientar las conduc-

tas y construyen determinados sistemas de valores y modelos morales; cuando surge una sistematización racional, ya no hablamos de axiología, sino de ética. La hipótesis más plausible entre los sociólogos de la religión es que la crisis ética actual, provendría de la pérdida del sentido de lo sagrado y la des-moralización de la política ante el anunciado fin de las ideologías.

Crisis de las religiones e ideologías en el fin de la historia

Ya es un tópico postmodernista referirse a la decadencia de los metarelatos religiosos y políticos, sea por la secularización de las sociedades sacrales, sea por la caída de la ambición predictiva de las ideologías. Fukuyama nos advierte crudamente que no miremos más allá del horizonte neoliberal. Pero ni la revancha de los dioses con la vuelta a los fundamentalismos religiosos, ni la sacralización del mercado, amparado en el revolución científico-técnica, eliminan la sospecha de lo "déja vu", incluyendo la ideología del fin de la historia.

to religioso), prefigurarían un tipo de sociedad a construir (nacionalismo, colonialismo, liberalismo, comunismo, fascismo). Por ejemplo, en esta perspectiva podríamos considerar el bolivarianismo-chavismo una suerte de híbrido entre el anticolonialismo rezagado y el tercermundismo regresivo con un imaginario compensatorio del comunismo primitivo ya perdido. Su identidad de "proyecto" en lenguaje de Manuel Castells, sería la de la resistencia al neoliberalismo, marcada más bien por las negaciones que por las soluciones.

La religión, en la perspectiva sociológica, se distinguiría de la ideología por su carácter heterónomo, ya que se funda sobre un "Otro", distinto de lo

El desencantamiento de las grandes instituciones económicas, políticas y religiosas, tiende a tocar fondo a pesar de todos los contrapesos para reflotar las viejas instituciones. Tiene razón Emeterio Gómez cuando, precisando a Tulio Hernández, plantea que la pérdida del sentido de lo sagrado no es exclusivo de América Latina, sino el drama básico de toda la civilización occidental. Aun, admitiendo este hecho, ni la secularización seguida por Estados Unidos, donde se ha consolidado una religión civil, ni la recomposición de la religiosidad popular en América Latina con sus expresiones públicas, siguen la ruta monolineal de la laicización y privatización europeas, tal como han comprobado el británico Bryan Wilson o el estadounidense Harvay Cox, respectivamente.

De todos modos, hoy más bien observamos en Occidente la búsqueda de un lenguaje transversal a las religiones y a las ideologías, basado en los valores. Según Lambert, la razón de este cambio se debe a que los valores se prestan mejor a la gestión de la auto-producción de sí y de las sociedades afectadas por la globalización, en que compiten diversas ideologías y religiones. Éstas no sólo siguen insepultas, sino como apunta Gadamer, pueden contribuir a nutrir y legitimar una axiología, trátese de derechos humanos, democracia, ecología, etc.). Más aún, pueden operar como limitadores críticos a través de unas referencias trascendentes, capaces de relativizar ideologías totalitarias y proyectos anti-humanistas como hemos podido corroborar a fines del siglo XX en Europa.

No debemos olvidar que también la religión cumple una función crítico-profética, aunque se nos recuerden más a menudo los contraejemplos fundamentalistas. ¿Acaso la capacidad de autodestrucción, generada por

los avances científico-técnicos son razón para negar el valor de la ciencia y la tecnología?

Fuentes de espiritualidad para el ciudadano común

La afirmación de que por "un trastocamiento de valores, temas como la igualdad, la justicia, la solidaridad o la responsabilidad individual, han quedado entre nosotros asociados casi exclusivamente al discurso de la religión", no deja de ser una exageración retórica, que descalifica la trayectoria espiritual de personajes tan eminentes como Luis Beltrán Prieto Figueroa, Uslar Pietri, C. Clemente Travieso o María Luisa Llovera, por no citar más que algunos nombres provocadores, que detestaban el olor de incienso de las sacristías.

En Venezuela, durante estos últimos cuarenta años, ha habido al menos tres veneros relevantes para alimentar un discurso de valores, aunque no siempre hayan permeado a toda la sociedad: la religión civil bolivariana, el cristianismo en sus diversas denominaciones y las formaciones esotéricas.

Los ritos celebratorios del bicentenario del nacimiento del Libertador en 1983 demostraron una vez más, que el culto a Bolívar, instaurado durante el guzmanato, sigue alimentando el sentido de nuestra historia y que su figura arquetípica todavía inspira criterios de identidad y estímulo espiritual para construir una patria latinoamericana. Las parodias sobre el bolivarianismo en su versión gubernamental hacen poca mella en el gentilicio venezolano que prosigue viendo en Bolívar los valores de la iniciativa, el sacrificio a favor de la libertad y la justicia, porque su significación no es exclusiva de ningún partido.

También el cristianismo, aunque no tan arraigado como en otras latitudes

latinoamericanas, ha servido de fuente de valores hasta el punto de que el marxismo latinoamericano ha querido realimentarse de su hálito, evitando la descalificación crasa de la religión como mero opio del pueblo. Un recorrido por la personalidad espiritual de figuras tan disímiles como Mario Briceño Iragorri, Aristides Calvani, Miguel Otero Silva, y de muchos líderes anónimos sustentados en un humus cristiano, nos muestra que no han estado atados a un discurso clerical, y que bastantes iniciativas sociales de solidaridad y educación popular, tampoco se han confinado a las sacristías. Hoy, tras la criba del tiempo, es más probable encontrar comunidades de base cristiana en zonas marginales que grupúsculos de izquierda o emisarios de fundaciones filantrópicas. Algún espíritu anida en esos nichos de la Venezuela fea e irredenta, a la que no solamente llegan los camiones de la Polar, sino maestros con fe en su pueblo y alegría espiritual.

El tercer nutriente de la espiritualidad del venezolano tiene que ver con las expresiones esotéricas. No me refiero tanto a la recuperación de los ritos prehispánicos o la revitalización de los cultos afroamericanos, sino a las nuevas modalidades religiosas, que se han sustraído a la influencia de los símbolos e instituciones predominantes.

El auge de la nueva Era, la presencia de los horóscopos en la cultura masiva —una especie de liturgia cotidiana—, la proliferación de libros de autoayuda parareligiosa, la receptividad de las corrientes orientales (yoga, zen), no son sino otros tantos indicios de búsqueda espiritual y de reacción opositora a un materialismo rampante; síntomas que revelan carencias y enfatizan la subjetividad, el rechazo a la racionalidad instrumental, la crítica de la ciencia positivista, la demanda de una ética universalista, y,

en fin, el descubrimiento o revitalización de los valores espirituales. Entre Conny Méndez y Deepak Chopra encontraremos numerosos charlatanes de feria, pero el hallazgo de una superchería no nos debiera llegar al diagnóstico equivocado, de que los movimientos pacifistas, ecologistas, naturistas, feministas, de derechos humanos, de antiglobalización o de otra índole, y que se nutren en esas múltiples fuentes, sufren de anemia espiritual.

Tal vez, todas estas formaciones no responden a los esquemas y modelos de espiritualidad ilustrada o laica, que conciben las élites culturales. ¿Es que acaso, como advierte el teólogo Pedro Trigo, no se da también un vaciamiento de humanidad en coexistencia con una sensibilidad exquisita para disfrutar productos culturales? En cualquier caso, sería un error craso no contar con estas tres vertientes de nuestra cultura espiritual, no meramente para hacer a la gente más productiva, sino más humana, justa y solidaria.

El problema, por tanto, no radica en la existencia o no de fuentes espirituales en el pueblo venezolano, sino en cómo llegar al alma de la gente —en expresión de Emeterio Gómez— cuando se trata de liderarlos para un empeño común de la nación y no para una temporada de usufructo del poder.

El retorno de lo espiritual y la blandura de nuestros políticos

¿Qué es lo que les falta a los líderes políticos para sintonizar con el pueblo y revitalizar los resortes éticos de justicia, solidaridad y responsabilidad? Cabría responder que hay carencias espirituales en los actuales líderes o que se evidencia una incongruencia notable entre las motivaciones que proponen a la ciudadanía y su conducta.

En un libro reciente de Danah Zohar e Ian Marshall, titulado "Inteligencia espiritual", los autores afirman la tesis de que además de la capacidad intelectual (CI) y la inteligencia emocional (IE) existen en el ser humano una inteligencia espiritual (IES) con la que afrontamos y resolvemos problemas de significados y valores. Su cualidad principal sería la capacidad de determinar si un curso de acción o un camino vital es más valioso que otro. Nada más apropiado para nuestro momento nacional.

A su juicio, la IES no tiene necesariamente conexión con la religión, y si bien una alta IES puede hallar expresión en una religión o asociación organizada, ser religioso no garantiza un alto coeficiente de IES. Por mi parte, me atrevo a afirmar que muchos humanistas y ateos la tienen muy alta y bastaría para corroborarlo los nombres de Beltran Russell, Albert Camus o Krisnamurti.

Esta tesis que puede parecer escandalosa para ciertos temperamentos fundamentalistas, pues no basa la espiritualidad en una entidad suprahumana y parece secularizar un espacio considerado íntimamente religioso, resulta bastante juiciosa en su desarrollo y explanación.

Entre las características resumidas de una alta IES estarían:

- un alto nivel de conciencia de sí mismo con independencia psicológica de campo;
- capacidad de ser flexible;
- marcada tendencia a preguntar; "¿Por qué?" "¿Y si?" y a pretender respuestas fundamentales;
- capacidad de afrontar, usar el sufrimiento y trascender el dolor;
- la tendencia a ser holístico y ver relaciones entre las cosas;
- la cualidad de ser inspirado por visiones y valores;
- la reluctancia a causar daños innecesarios.

Me atrevo a pronosticar que un test aplicado a nuestros líderes políticos en la actualidad nos arrojaría:

- poca capacidad para ser flexibles;
- limitada independencia de campo (sobre todo respecto al mundo militar);
- dificultad para preguntar "¿Por qué?" "¿Y si?", una vez posicionados en su postura primaria;
- excesiva tolerancia a causar daños innecesarios a lo largo de varios años;
- falta de visión y valores de cara a la totalidad venezolana.

Hoy una franja de la población parece poseer más inteligencia espiritual que nuestros líderes, a juzgar por los sufrimientos pacientemente asumidos entre marchas y contramarchas.

Los duros de la política no acaban de entender que el "software" blando de la inteligencia espiritual es imprescindible para llegarle al alma de la gente y que ni un crístico blandido en Venezuela de Televisión, ni la Virgen del Rocío venerada en la plaza de Altamira, sirven para acallar la pregunta; "¿Por qué estamos así?" "¿Y si?"

¿Qué líderes fuertes son capaces de plantear hoy a la población proyectos que impliquen ciertos sacrificios y la postergación de gratificaciones inmediatas, acreditando las nuevas actitudes con sus conductas, en lugar de ofertar simulacros de patrias bonitas, golpes incruentos y riquezas de casino florideño?

¿En qué ponen la dureza nuestros líderes políticos, que llevan años edulcorando la necesidad de paciencia histórica, más trabajo y mayor participación en las cargas?

Tendremos que sumirnos en un receso espiritual para analizar nuestra IES.

Jesús María Aguirre, S.J.

Teólogo. Comunicador Social